

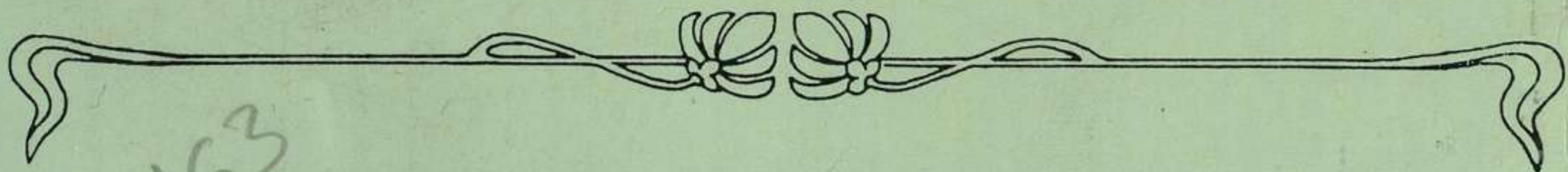
Colección de Revistas Ecuatorianas XXXII

7 163

Revista de Quito

Z 163

Colección de Revistas Ecuatorianas XXXII



Z-163

Revista de Quito

Tomo II

N.14 al N.26

Banco Central del Ecuador

Colección

Pedido 169/90

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
10 OCT. 1990
BIBLIOTECA
MADRID

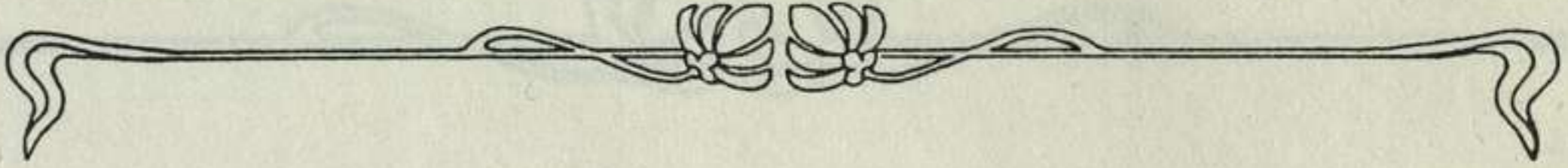
008 (866)(05)

Palabibo?

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
10 OCT 1980
ASTORIA
OR

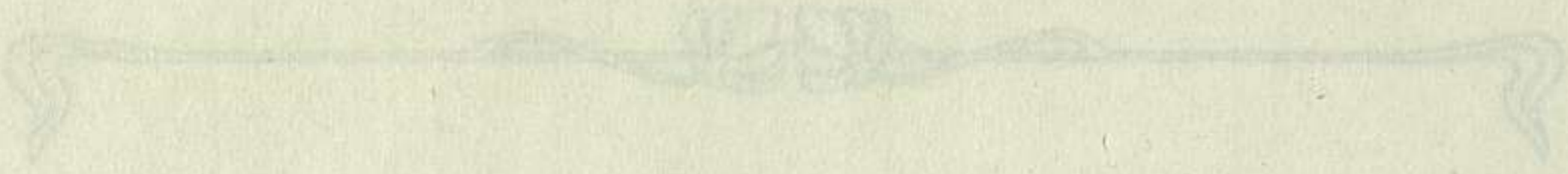
10 OCT 1980

Colección de Revistas Ecuatorianas XXXII

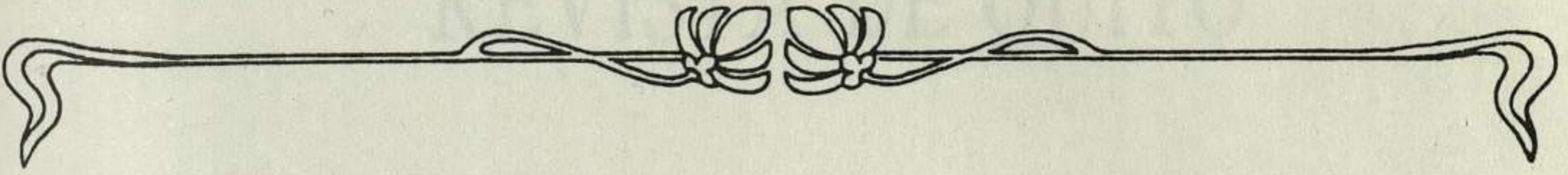


Revista de Quito

Tomo II
N. 14 al N. 26



Colección de Revistas Ecuatorianas XXXII



Revista de Quito

Tomo II
N.14 al N.26

Ediciones del Banco Central del Ecuador. Quito. 1988

Licenciado José Morillo Batlle, Gerente General

Señor Enrique Larrea E., Subgerente General

Doctor Irving Iván Zapater, Director del Centro de Investigación y Cultura

© Banco Central del Ecuador

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN: 9978-72-054-5 (Colección de Revistas Ecuatorianas)

ISBN: 9978-72-059-6 (Revista de Quito)

Colección de Revistas Ecuatorianas

Publicada bajo la dirección de Irving Iván Zapater

Volumen XXXII. Revista de Quito. Tomo II

Abril 13 - Marzo 30, 1898

Diseño de la cubierta: Jaime Calderón

Impresión: Editora Luz de América, Quito.

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLÍTICA, LITERATURA,
NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

TOMO II

QUITO—ECUADOR

IMPRESA DE "EL PICHINCHA"

1898

REVISTA DE QUITO

SEMANARIO DE POLÍTICA, LITERATURA,

NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR

MANUEL J. CALLE

Publicación del Estado Central del Ecuador, 1963

Director: José María Balle, Director General

Editor: Enrique Torres N., Subdirector General

Doctor: Jorge Luis Zapater, Director del Centro de Investigación y Cultura

Impreso en el Estado Central del Ecuador

En la imprenta "El Estado" de Quito

ISSN: 0014-1801 (Anuario de la Revista Semanal)

ISSN: 0014-1801 (Revista de Quito)

Quito, Ecuador

Publicación del Estado Central del Ecuador

Director: José María Balle, Director General

Editor: Enrique Torres N.

Impreso en el Estado Central del Ecuador

En la imprenta "El Estado" de Quito

Volumen II

Abril 13 de 1898

Núm. XIV

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—Diócesis ecuatorianas.—II—Discurso.—III—Pequeñas narraciones.—IV—Carta de Nueva York.—V—Verdadero Evangelio del Pueblo.—VI—Ilusiones y flores.—VII—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$	1...
Número suelto.....	,,	.30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle.

QUITO—(ECUADOR)

Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta. — Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya, José C. Borbúa y Pedro F. Mafuelo.

ADMINISTRADOR

SR. D. RAMÓN A. GARRILLO.



REVISTA DE QUITO

Volumen II — Quito, 13 de Abril de 1898 — Núm. XIV

DIOCESIS ECUATORIANAS

—
CUENCA

Decía no há mucho un diario de Guayaquil (1) que cada época tiene su cuestión palpitante, y que la religiosa es, por hoy, la de un *grupo de periodistas del interior de la República*. Si ese diario supiera cómo dicha cuestión — que trae profundamente divididos los ánimos y las opiniones en el Ecuador — es la materia obligada de la controversia social y política, el poderoso pretexto para tentativas de trastornos públicos, el lugar común que motiva los ataques é insultos que, dentro y fuera del país, se dirigen contra el Gobierno actual y el sistema liberal ecuatoriano; si conociera cuánto ella preocupa el espíritu de los hombres de todas las

esferas sociales, indistintamente; no hiciera alarde de despreciarla, por cansancio ó por miedo, y de reprochar á los que de buena fe tan ardua y trascendental materia discuten. En nuestra humilde opinión, asunto es éste capitalísimo en el presente momento histórico, y que está sobre las miserias del combate político, pues se trata de deslindar para lo futuro grandes responsabilidades y fijar el rumbo en la marcha social de nuestro pueblo, cuyo carácter—como el de todos—se amoldará poco á poco á las exigencias de nuevas y más amplias instituciones, hoy combatidas y menospreciadas, pero que encierran en germen la grandeza de la patria ecuatoriana. Los intereses morales del pueblo, la libertad de la conciencia individual, el equilibrio de los dos Poderes, ahora antagónicos quizás por un exceso de intolerancia sectarista ó falta de mútua comprensión, el alma misma de la sociedad, en suma, ¿no serán dignos de llamar la atención cuando menos como la marcha administrativa y económica del nuevo régimen?

Esta consideración es la que nos ha puesto la pluma en las manos, cuando creíamos habernos retirado para siempre del palenque periodístico en el que, por una triste experiencia, sabemos que, al fin y al cabo, no se cosechan sino dolores y desengaños, los insultos y el odio gratuito de unos, la mal disimulada envidia de no pocos y la indiferencia de los demás. Decímoslo, porque nuestros adversarios y contradictores créennos animados de un espíritu de clerofobia ó de una manía anti-clerical. Nada más falso, sin embargo: bien sabe Dios que á nuestra conciencia religiosa le repugnan sobremanera estas luchas, aceptadas íntimamente como un deber y un sacrificio, y que dejan hiel en el alma y la recompensa del desconocimiento de propios y extraños. ¡Ojalá estuviese cercano el día del restablecimiento del necesario justo medio, sin detrimento de nadie, para volver á la sombra apetecida y al sincero y noble culto del Arte!

Con este preámbulo, entremos en materia.

*
* *

Uno de los últimos correos del Sur nos trajo de la capital del Azuay un pequeño folleto intitulado VINDICA-

CIÓN.—EL ILMO. SR. OBISPO DOCTOR DON MIGUEL LEÓN ANTE SUS CALUMNIADORES; (1) en el cual, por medio de una brillante y abundantísima documentación testimoniada, en la que figuran las personas más conspicuas de la ciudad de Cuenca, se prueba plenamente, de una manera que dejaría satisfecho al juez más escrupuloso del mundo:

1º Que el Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel León ha sido y es sacerdote de virtud ejemplar, sumamente decidido por la conservación de la pureza de la doctrina católica, que la ha inculcado, sostenido y defendido, educando personalmente á la juventud del país, predicando con mucha frecuencia y hasta disputando en varios Congresos de esta República.

2º Que ha sido notorio que el mismo Ilmo. Sr. Dr. León ha seguido constante vida piadosa, casi monástica; asiduamente dedicada al desempeño del sagrado ministerio sacerdotal.

3º Que su desinterés ha sido supremo, pues que ha empleado todas sus rentas en obras piadosas y de beneficencia, como el sustento de personas desvalidas, fundación del Refugio de huérfanas, casa de corrección, etc.

4º Que su celo, como prelado de la diócesis de Cuenca, ha sido enteramente apostólico, nada menos que ha visitado varias veces su obispado, que es uno de los más extensos de la República; ha extirpado los abusos que se habían introducido en el culto y en las costumbres de algunos lugares; y ha cuidado, con paternal y enérgica vigilancia, el que entre los sacerdotes reine la mejor moralidad.

5º Que el amor que ha manifestado siempre por el progreso moral y material de su diócesis, ha sido y es sobradamente laudable; que su anhelo por la felicidad pública ha excedido de lo que pudiera desearse en un país nada rico, como el nuestro, y sí, sólo debido á su suprema fe para hacer el bien, ha obviado grandes obstáculos y ha emprendido con la desición de un prelado favorecido por inspiración divina, en la colosal obra de la catedral que se está edificando, en la construcción del templo de Todosantos y en las reparaciones de varios otros templos de las parroquias del obispado.

(1) En 8º, de 24 págs. — Cuenca, Marzo de 1898. — Impre o por M. Vintimilla C.

6º Que con su apoyo y auxilio, han sido reparados y hermoseados los templos de San Sebastián y San Blas de la ciudad de Cuenca.

7º Que es notoria su pobreza personal, por cuanto sus rentas las invierte en obras de público beneficio.

8º Que su sagacidad y dulzura de carácter, hacen de él un prelado patriarcal; razón por la cual no hay persona que no tenga libre entrada en su palacio, para ser oído y atendido, aun cuando pertenezca á la clase más infeliz de la sociedad.

9º Que por sus virtudes, ciencia, abnegación, carácter progresista en el sentido católico y constante voluntad para hacer el bien, ha sido y es muy amado por todas las clases sociales; de modo que puede asegurarse, que es un obispo modelo, verdaderamente popular y manifiestamente apostólico.

10. Que la noticia de su suspensión causó gran alarma, porque jamás se esperó que eso sucediera, desde que estuvo y está en la conciencia de la gran mayoría de los pobladores de esa diócesis, que la conducta pública y privada de tan honorable prelado, ha sido y es intachable. (1)

Siendo todo esto verdad, como notoriamente lo es y lo ha sido siempre, ¿cuál es la razón de los enojosos procederes de que, desde años atrás, viene siendo víctima el Sr. León?

Antes de responder á esta pregunta, probemos á esbozar el carácter del Ilmo. Obispo en referencia.

En uno de nuestros libritos dejamos dicho que el Sr. León *erró su época*, pues debía haber nacido en el siglo X, el de los grandes terrores de la Cristianidad y el de la decisiva influencia del clero en la vida privada y pública de la sociedad. Sacerdote chapado á la antigua, de irreprochables costumbres, de un desinterés asombroso para los tiempos que corren, entusiasta y facilmente impresionable, si de algo peca y ha pecado es de exceso de celo apostólico, el que le ha llevado por el camino de pueriles intolerancias y de una exaltación religiosa á prueba de desengaños. Siempre pobre, por una manera de ser que raya en casi prodigalidad, manso en el fondo y violento en la forma por sobre de energía, humilde y laborioso, al Sr. León le encum-

(1) Lcc. cit. págs. 2 y 3.

braron á la silla episcopal sus propias virtudes y una popularidad inmensa en la ciudad natal, muy especialmente entre las clases obreras y desvalidas, por haber salido él mismo del taller modesto donde no pocas veces ha encontrado su cuna la grandeza. Antes de ser obispo, además de larguísimos años de magisterio ejercido en los colegios del Azuay, trabajó lo indecible por mejorar las costumbres, ni velando ante su criterio todas las graderías sociales y extraviándose en bien intencionadas y exajeradísimas intransigencias, incompatibles hoy con nuestro modo de ser y de juzgar las cosas

Llegó al obispado, entre la aclamación de todos; y presto se palparon los saludables efectos de su faena :noralizadora. Rompiendo por toda consideración y connivencia social, sin elegir los modos prudentiales — defecto capitalísimo del carácter ardoroso del nuevo prelado — dióse á hacer vivísima é incansable guerra á la relajación del clero de su diócesis, procediendo en todo con innegable rectitud y de una manera pronta y ejecutiva. Visitas intempestivas, inquisición escrupulosa, violencias y escenas de efecto, nada faltaba. Que hay clérigos mal entretenidos? que hay sacerdotes ebrios? Pues á la prisión con ellos. Que hay curas avaros, codiciosos, faltos de caridad, remisos en el cumplimiento de sus deberes? Pues el rayo sobre ellos y andando.

Procesiones de indios? Pretexto de borrachera; lucro para curas *halladores* de imágenes milagrosas: quedan suprimidas. Procesiones de blancos? Causa de confusión de los dos sexos y origen á veces de escándalos y picardías: las menos posibles. Santos feos, indecentes, contrahechos, renegridos?: ¡fuera indigna idolatría! ¡al fuego con ellos, públicamente, donde los devotos vean arder á esos cristos rostrituertos, esas vírgenes irrisión del arte, esos *Señores* tal ó cual apolillados, mal hechos, repugnantes!

Curas avaros? Pues que fabriquen buenas casas conventuales, á su costa, levanten los campanarios de las iglesias, restauren ó reedifiquen éstas, atiendan con largueza á las necesidades del culto; y si no, que se larguen con la música á otra parte. ¿No estaba él, el Obispo, dando el ejemplo de aplicar su renta toda á la construcción de igle-

sias y casas de beneficencia? no había comenzado con su solo esfuerzo á edificar esa catedral de gigantescas proporciones, basílica grandiosa que, concluída, será el primer edificio arquitectónico del Ecuador? No vivía casi pobre de solemnidad, en ayuno perpétuo, y endeudado, por atender á sus benéficas empresas?

Con este modo de conducirse, fácilmente se supone cuánta sería la enemiga que las cuatro quintas partes de su clero diocesano le profesaría. Gritos de rabia impotente, de odio, de despecho, se comprimían y ahogaban en sacerdotales pechos; cundía el descontento, azuzado por los canónigos y prebendados, á quienes S. S. Ilma. les había metido en un brete haciéndoles entender paladinamente que el beneficio de que gozaban no estaba reñido con la honesta ocupación ni era motivo para que, con descrédito del carácter sacerdotal, se anduviesen mangoneando en las casas de los ricos, en alguna de las cuales palpitaba el escándalo

Ya las reclamaciones contra este varón apostólico, al que únicamente le hacía falta el tino necesario para no malograr el éxito de sus santos planes, se habían elevado; la oposición asomaba vergonzante la cabeza, y se esperaba el momento oportuno para intentar el golpe de gracia.

¿Qué parte tuvo el Sr. Dr. D. Antonio Borrero en la caída del Ilmo. León? No lo sabemos á punto fijo; pero es indudable que la tuvo Los doctores Leones (Miguel y Justo) habían sido ardientes veintemillistas, el segundo, sobre todo, quien predicando había dicho que daría su cabeza por sostener al hombre de los Molinos: *inde ira*.

El Sr. Borrero estaba de Gobernador del Azuay; D. Antonio Flores, entonces Presidente de la República, no quería al Obispo, cuyo hermano — más intransigente que él — se dejó decir en un acto público y solemne que el Presidente estaba excomulgado y absueltos los ecuatorianos del juramento de obediencia (1); y fácil les era á entrambos magistrados pillarle las vueltas al atolondrado obispo y á las primeras de cambio derribarle; y mucho más en esa época azarosa para Cuenca, cuando las polémicas religiosas y doctrinarias se dirimían á balazos en las calles de la ciu-

(1) Por esto se le formó causa al Dr. Justo León.

dad . . . ; y así resultó. El celo episcopal . . . y de bandería le arrastró demasiado lejos al Sr. León, y atentó de modo desembozado contra la Constitución de la República, lo que no hizo sino añadir leña al fuego.

La trama se urdía en silencio, las quejas de la irritada clerecía eran frecuentes ante el Romano Pontífice; no sabemos qué otras cosas más habría de por medio, cuando se presentó en Cuenca el hoy obispo de Ibarra, Sr. Dr. González Suárez, con el carácter de visitador, ó cosa así . . . Poco tiempo después, el Sr. León era suspendido en sus funciones y jurisdicción episcopales.

Podemos, pues, decir, contestando á la pregunta arriba formulada, que al Ilmo. León le derribaron la venganza . . . *póstuma* del Sr. Borrero, la antipatía manifiesta del Sr. Flores; el odio de un clero tan corrompido como sedicioso (1) y el poco método y tino en los propios actos, que, si encaminados á buen fin, producían el escándalo de luchas y resistencias de todo punto desagradable.

El golpe tuvo mucha resonancia en Cuenca, — donde — como hemos dicho — tiene mucha popularidad el Sr. León, y pasados los momentos del estupor, manifestáronse ruidosamente el criterio y las simpatías del público en su favor.

Pasaron los meses, y se fundó una sociedad con el nombre de *Vindicadora del Sr. León*, que contó por miles el número de sus afiliados y adeptos.

Desgraciadamente, poco ó nada hizo esa gran sociedad; pues el ardor eleccionario de 1891 la convirtió bien luego en un Club político que, al dividirse, concluyó, como suele decirse, *á capazos*.

*
* *
*

He aquí toda la historia de este largo y doloroso asunto.

Caído el Sr. León, las cosas han ido de mal en peor en la diócesis de Cuenca, entregada en manos de una espe-

(1) El cura del Sagrario, Dr. José Ormaza, era quien llevaba la batuta entre los tonsurados más humildes. Publicaba hojas anónimas y odiosas — verdaderos pasquines — contra el Obispo, y las hacía firmar, para los efectos de la responsabilidad judicial, por uno de sus hijos. Nos consta.

cie de oligarquía maquiavélica, bonachona y laborante en política.

No hace mucho tiempo que los cuencanos —deseosos siempre de la rehabilitación de su Obispo querido— autorizaron con *diez mil firmas* una solicitud al Sumo Pontífice, encaminada al logro de sus deseos.

Ahora que está entre nosotros el Sr. Guidi, parécenos uu acto de justicia á la vez que de buena política el impetrar la rehabilitación del Prelado de quien tratamos. Si Schumacher y Massiá son *imposibles* en sus respectivas diócesis cuyos fieles ni les aman ni les desean, *imposibles* para la tranquilidad y decoro del Gobierno actual, *imposibles* por ser extranjeros perniciosos; el Sr. León —á quien, por último, sólo se le puede tachar de sobrada vehemencia de carácter que ya la experiencia y el tiempo habrán moderado, —el Sr. León, decimos, es necesario para Cuenca, cuyo pueblo le ama y le desea. ¿Seremos oídos? Será escuchado el Azuay?

En todo caso, podemos decir á los enemigos y calumniadores del Sr. León lo que cierto Papa á los perseguidores del dulcísimo y sabio Fenelón: *Pecavit exesu amoris Dei, vos, autem, peccavistis defectu amoris proximi.*

MANUEL J. CALLE.

Quito, 2 de Abril de 1898.



DISCURSO

leído por el autor en el Cementerio de San Diego el día que los amigos y correligionarios de D. Manuel Martínez Barreiro, colocaron en su tumba una lápida en conmemoración del primer aniversario de su fallecimiento.

Señores.

Permitidme una palabra antes de alejarnos de la ciudad de los muertos, á donde nos ha traído el cumplimiento de un deber; de un deber, sí, porque es obligación de los que aún estamos atados con los lazos terrenales, rendir tributo de admiración y respeto á aquellos que abandonaron este valle de miserias y penalidades cumpliendo su misión de ciudadanos y patriotas.

Para hablar del Sr. MANUEL MARTÍNEZ BARREIRO se hace necesario, seguramente, otra entonación á mi débil voz; empero, esa obligación á que he aludido, obra poderosamente en mi ánimo para que, aun cuando sea someramente, que no sería posible de otro modo, trate de hacer patentes los merecimientos de aquel cuyos despojos mortales descansan bajo esa tumba, y que exhaló su último suspiro luchando por la implantación en nuestro suelo de las verdaderas doctrinas liberales y por el engrandecimiento de este pedazo de tierra del Continente Sudamericano, de donde van desapareciendo, poco á poco, añejas preocupaciones y despotismos envilecedores.

Don MANUEL MARTÍNEZ BARREIRO nació, como bien lo sabéis, en Guayaquil, la ciudad de los grandes esfuerzos y de los hechos heroicos por conquistar las libertades públicas; y joven todavía partió para Chile con el objeto de completar su educación, pasando años después á Europa en cuyos grandes centros pudo aspirar los benéficos ambientes que vigorizaron su espíritu para las luchas por las magnas ideas que encarnan los principios republicano-democráticos.

De regreso á su país natal, se dedicó con entusiasmo y ahinco á perfeccionarse en el conocimiento del francés, inglés y alemán, idiomas cuyos rudimentos había estudiado en sus primeros años; y poco tiempo después tradujo del último de dichos idiomas dos tragedias de Shiller y la intitulada *La muerte de García Moreno*, producción del Padre Berlinchem.

Casi en seguida de estos trabajos en lingüística, fundó el "Diario de Avisos", desde cuyas columnas abogó siempre por los derechos

del pueblo y por los fueros de la República, hollados y escarnecidos más de una vez por déspotas y tiranuelos que convirtieron á la Nación ecuatoriana en una especie de feudo del que pretendieron ser dueños y señores absolutos.

Circunstancias que no es del caso relatar le obligaron á separarse de la redacción del "Diario de Avisos", y entonces fundó "La Voz de Guayaquil", bisemanario liberal, que, desgraciadamente, tuvo cortos meses de vida.

"El Globo", de Guayaquil, le contó también en el número de sus redactores principales en la época en que el prenombrado diario fué propiedad de D. Juan Bautista Icaza Carrillo; esto es, después de la revolución del 5 de Junio de 1895.

El Sr. MANUEL MARTÍNEZ BARREIRO redactaba "El Iris" cuando, no sólo el Ecuador, sino la América entera, fué sorprendida con la noticia del tráfico infame llevado á cabo con la sagrada insignia de la Patria por el Gobierno del Dr. Luis Cordero. MARTÍNEZ BARREIRO protestó enérgicamente desde las columnas del aludido periódico de ese negociado sin nombre en nuestra Historia, y sus patrióticos arranques de indignación le valieron que fuera reducido á un calabozo y luego expatriado á Lima en compañía de la mayor parte de los periodistas de Guayaquil que, como el Sr. MARTÍNEZ BARREIRO, había levantado muy alta la voz para anatematizar la venta de la Bandera Nacional y condenar á los que con ella traficaron miserablemente.

Don MANUEL MARTÍNEZ BARREIRO salió electo Diputado por la Provincia del Guayas al Congreso que debía reunirse en esta Capital el 10 de Agosto de 1896; pero los acontecimientos que antes de esta fecha se desarrollaron en el país, no permitieron la reunión de la susodicha Legislatura.

Antes, y por varias ocasiones el Sr. MARTÍNEZ BARREIRO había sido elegido representante del pueblo guayaquileño como Concejero Municipal; y en ese puesto que desempeñó con tino, sagacidad y patriotismo, puso de relieve, en más de una ocasión, sus dotes intelectuales y su acendrado cariño por el suelo natal. — También algunas asociaciones políticas y de beneficencia le contaron entre sus miembros, tales como la "Sociedad Liberal Democrática", fundada por el eximio D. Pedro Carbo y la "Sociedad de Artesanos Amantes del Progreso" que tantos servicios ha prestado y sigue prestando á la clase obrera de Guayaquil.

Verificada en dicha ciudad la transformación política del 5 de Junio de 1895, el Sr. MARTÍNEZ BARREIRO regresó de su ostracismo y fundó el diario "La Justicia", defendiendo en él los principios encarnados en esa transformación; pero tal diario tuvo una existencia efímera, por lo que en seguida pasó á escribir en "El Globo", como queda significado más adelante.

Después fué nombrado Redactor del "Registro Oficial" é Intérprete de Gobierno, con cuyo motivo se trasladó á esta ciudad, á la vez que en busca del clima más benigno para su salud que había comenzado á quebrantarse.

Las Provincias del Guayas y Los Ríos lo eligieron Diputado á la Convención que se reunió en Guayaquil el 9 de Octubre del año próximo pasado y que terminó sus sesiones en esta Capital no hace muchos meses. — MARTÍNEZ BARREIRO aceptó la representación por la Provincia de su nacimiento y cuando se preparaba para regresar á Guayaquil á ocupar la curul que había aceptado, le sorprendió la muerte, apagando aquella existencia que hubiera seguido prestando importantes servicios á la Patria.

He aquí, Señores, trazada á grandes rasgos la vida pública del ciudadano cuya memoria hemos venido á honrar, colocando en su tumba una modesta lápida que perpetúe su nombre, recuerdo de sus amigos y correligionarios.....

¡Que sus restos mortales descansen en paz en el regazo de la hospitalaria Quito, la bella Sultana de los Andes!

HE DICHO.

AMADEO IZQUIETA.

Quito.—1897.



 PEQUEÑAS NARRACIONES.

CARLOTA (*)

VII

La escena fué corta y brusca.

— Por qué me tienes miedo? — dijo él con una sonrisa forzada, cínica, al través de la cual se veían sus dientes apretados y salía su voz silbante y fatigada. — ¿No es natural que venga á ver mi hijita que has asesinado?

— Ah! No Es que yo — balbuceaba Carlota como una débil excusa, cada vez más pálida y aterrorizada.

— ¡Silencio! — interrumpió Enrique. — ¿Quién habla de excusas? quién te las ha pedido? ¡Y aquí! ¡en presencia de este pequeño y querido cadáver! . . . Si yo lo sé todo, todo, ¿oyes? absolutamente todo, y es envano que hables, que mientas, que me inventes necias historias. . . . Ve U., caballero? — continuó volviéndose de repente al rincón donde por prudencia me había retirado — ve U.? intenta defenderse, justificarse, ¡como si yo necesitara de que ella hable! Ja! . . . Ja! . . . Ja! . . . ! ¡Defensas! ¡Para oirlas he venido desde muy lejos, para examinarlas te he engañado escribiéndote desde Iquique el día mismo que, con nombre supuesto, me embarcaba en el Callao! ¡Para verte he emprendido tan largo viaje, navegando *de guerra*, metido cuando en una carbonera, cuando en el camarote de algún sobrecargo! ¿Para ver á quién? A la linda, á la niña bonita, la lista de cuyos amantes la tuviera inscrita en mi cartera, si ella pudiera caber en una resma de papel! . . . ¡Adúltera! . . . ¡Adúltera! . . . ¡Mala madre!

Yo callaba confuso y aturdido. Confieso que hombre alguno del mundo se ha visto en situación parecida. No tenía ya temor alguno; pero ¿cómo iba á intervenir sin provocar la explosión? con qué derecho hubiera tomado la defensa de la mujer contra el marido justamente irritado, ¡yo el amante de élla! Cómo iba á calmar al Otelo, yo que hartamente tenía que hacerme perdonar?

— Desde que estoy aquí — proseguía él, exaltándose por grados — he espiado el menor de tus pasos, he contado tus horas, y me he cerciorado ¡yo mismo! de mi propia vergüenza De noche, oculto en la sombra, seguía la huella de tus pies, y horas enteras te aguardaba al frente de la puerta infame por donde entra-

(*) Véase la página 373 del Tomo I.

bas á revolearte De día, me contaban todos tus paseos, todas tus visitas ¿Por qué no te he matado cuando más de veinte veces has estado al alcance de mi mano? por qué no te he despanzurrado como á un reptil asqueroso que caía bajo mi planta? ¡Qué sé yo! A pesar de que me conozco que soy un perdido, todavía, todavía tengo más conciencia y más honra que tú Ah! cómo me he vengado de tus queridos! —añadió con una inflexión de voz ligera y casi burlona — Todos ellos unos imbéciles, unos cornudos: el que más te ha querido lo ha sido más Ah! qué delicia! Para qué diablos sirves, pues tú? por qué no te mueres de vergüenza y de podredumbre? Por qué no te suicida, niña sensible, encantadora poetisa, alma soñadora, para que el demonio cargue de una vez con lo que es suyo?

A estas palabras, Carlota, que con la frente baja, llorando silenciosamente, había sufrido las violencias de su marido, no pudiendo resistir la burla, alzó la cabeza con ira, y colocándose de un salto delante de Enrique, tan cerca que casi tocaba con su cabellera el cuello del furioso, se cruzó de brazos, no ya pálida sino densamente lívida, con las ventanas de la nariz entreabiertas y humeantes, los grandes ojos abiertos despidiendo fuego, ligeramente temblorosa, y le dijo con voz alterada y descompuesta, mirándole á la cara:

— ¡Mátame! ¡Mátame! Ah! ¡Cobarde!

El no hizo ningún ademán ofensivo; antes bien, reclinando el cuerpo sobre la mesa de la difunta, dijo con voz lánguida:

— ¡Matarte! ¡Tonta! Si hubiera querido hacerlo me habría aprovechado de la noche y del silencio, cuando, cansada, ahita, sudorosa y débil, salías á altas horas de la noche de casa de tus *amigas*. Una puñalada ¡zas! y luego el correr sin ruido ni precipitación el irse por las calles centrales, populosas O si no, asaltarte y estrangularte calladito, sin darte tiempo á que chilles, y dejarte muy cobijada entre las jambas de alguna puerta Pero venir á matarte aquí! Eso te quisieras, eso! Que me lleven á la cárcel, me instruyan sumario, y al fin ¡pum! cuatro tiros No, hijita: me he propuesto ser bueno, santo inmaculado, para no poder vernos juntos ni en los quintos infiernos ¡Matarte!

— Entonces qué quieres? Para qué has venido?

— Para qué he venido? ¡Cosa muy sencilla! Estaba allá, en uno de los pueblos de la costa de Chile, cuando mi hermana Delina me escribió: “Ven: papá no vive tres meses, y quiere morir bendiciéndote”. Y vine, á costa de mil sacrificios y vergüenzas, exponiéndome al peligro de que mis acreedores de por acá diesen conmigo en la cárcel ¿Te acuerdas? Yo tenía un padre, un viejecito paralítico, que se arrastraba penosamente sobre sus muletas Llegué ¡Santo Dios! qué miseria! Se estaban murien-

do de hambre, después de haber vendido hasta los catres . . . Y . . . ¿para qué he de seguir? Mi padre se murió al día siguiente de mi llegada, y se murió preguntando por tí, á quien de niña había tenido sobre sus rodillas, y de joven había llamado su hija . . . ¿Te acuerdas? Eh! se acabó! Murió! Y tú, sólo ahora que yo te lo digo sabes esta noticia . . . Bueno; ¿para qué me he presentado aquí? Para llevarme mi hijo, ¿sabes? tengo ya la orden del juez y te lo voy á quitar

Irguióse vivamente Carlota al oír esta amenaza; y se precipitó á la puerta gritando ahogadamente: "¡Alejandro! ¡Alejandrito!", pero Enrique le cortó el paso y la arrojó sobre la mesa mortuoria, al mismo tiempo que me hacía una seña amistosa y casi de broma, que en tal lugar y en semejantes circunstancias, me repugnó infinito, tanto como un ultraje.

La desgredada mujer, madre al fin, sintió sin duda despertársele toda la perdida energía, porque, enrojeciéndose súbitamente, fué, otra vez, hácia su marido, y cogiéndole con las manos las solapas de la americana, le escupió en el rostro esta palabra mortal:

—¡Sin vergüenza!

Lo que siguió después es indescriptible.

Colocados frente á frente aquellos dos seres desgraciados y abyectos, sin respeto alguno á ese lugar que la presencia de la muerte hacía solemne, comenzaron en diálogo vivo, entrecortado, rápido, la más amarga, la más cruel de las mutuas recriminaciones, con palabras bruscas, algunas soeces, cada una de las cuales era una injuria y una vergüenza.

—¿Mi hijo? decía ella. Crees que te lo voy á dar, miserable? crees que voy á entregártelo para que hagas de él más tarde, otro como tú? Si lo sabías todo, ¿cómo has tenido el valor de no matarme, de venir aquí á insultar mi dolor, mi desgracia? Por cuya culpa soy lo que soy y he sido?

Y él con flema que mal ocultaba su rabia, su despecho, la iba diciendo atrocidades, en voz baja, comprimida, á veces burlona, pálido y con puños crispados; entrambos olvidados de mí, que seguía con curiosidad las peripecias de la lucha, entregado á reflexiones amarguísimas, sin miedo ni estupor, cazando, si se puede decir, cada una de esas palabras que se cruzaban y entrechocaban sobre ese cadáver diminuto, á cuyo rededor parpadeaban tristemente las velas funerarias, vertiendo gotas de cera caliente en las marchitas hojas de rosa

Todas las amarguras ocultas de dos almas á quienes la suerte unió en deslayendo matrimonio, los resentimientos ya olvidados, las escenas íntimas de tiempos mejores ó peores, la hiel del alma, las tristezas sombrías de una venganza largo tiempo reprimida, iban destilando por gotas su veneno sobre ese pobre cuerpecito

inanimado, que, por una extraña óptica de la imaginación, parecía que, con sus labios entreabiertos, sus manos rígidas, su palidez mate, se burlaba del profanador debate con una mueca atroz de desprecio y de fastidio.

Aquello no podía prolongarse mucho tiempo sin que las cosas fueran á mayores; así es que, mientras Carlota llevada de su vehemencia, ni contaba los minutos que transcurrían pesadamente ni menos temía las consecuencias de situación tan tirante, Enrique volvía cada instante la cabeza en dirección de la puerta, y á veces dejaba pasar sin réplica alguna reconvencción de su mujer, alguna nueva injuria, inquieto é impaciente, como si aguardara algo que tardase demasiado.

Al fin, la puerta se entreabrió y en el dintel asomó una mujer vestida de negro, pálida, flaca y angulosa, que sin decir una palabra, avanzó silenciosamente hasta la mesa donde yacía la difunta Adelita, se inclinó con respeto, pero sin señal visible de conmoción, y depositó un ligero beso en la frente de la muerta. En seguida, irguiéndose trabajosamente, murmuró al oído de Enrique esta sola palabra;— “Ya”.

Entonces éste, dirigiéndose á su mujer, la dijo:

—En fin, querida, concluyamos. Nada tengo que hacer aquí. Te dejo libre, completamente libre para que hagas lo que quieras. . . . Marcho mañana mismo á Santa Elena con mi hermana Delfina, aquí presente, y con mi hijo Alejandro, que hace un cuarto de hora está en casa segura. Ea, adiós; y no vuelvas á acordarte de mí. Me divorciaría; pero ¿y el escándalo? Estoy harto de sufrimientos. Para que te consueles, toma este papel que es la orden del Comisario de Policía para recuperar mi hijo,—concluyó arrojándole una hoja arrugada al rostro, — al tiempo que, enlazando su brazo con el mío me decía: — Vamos, tenemos que hablar.

Carlota le había escuchado con estupor, con una expresión de imbécil que daba pena y miedo contemplar en su rostro inmóvil, en su mirada estupefacta. A las últimas palabras, cuando yo, casi inconsciente, me dejaba arrastrar fuera, dió un salto como de leona herida y se precipitó sobre Enrique, lanzando un grito que no oivdaré nunca mientras viva. — “¡Mi hi. . . .!”—exclamó aterrorizada, clavando sus uñas, las sonrosadas uñas de sus deditos blancos y regordetes que en ese momento parecían garras de mármol, en el cuello de su esposo, debatiéndose desesperada, inmensamente aflijida, terrible, en una como suprema convulsión, con hipo trágico y mirada negra como un abismo en el que van á perderse todos los dolores y todas las desesperaciones de la existencia.

El marido — aquel hombre cínico y frío, que hasta última hora no tuvo una mirada de dolor, de cariño, de conmiseración siquiera

para con el fúnebre despojo de su primogénita—la rechazó brusca y violentamente, y la miserable fué á caer sin sentido, con los ojos estúpidamente abiertos, los dientes remordidos, asomándole sanguinolenta espuma por las comisuras de los labios, los brazos abiertos y el vestido en asqueroso desorden, sobre el cadáver de su hija, que sonreía...sonreía burlescamente con esa mueca que la muerte había estereoptipado en su boca infantil....

VIII

— ¿Cree usted en la teoría de las leyes atávicas?

— Hombre, yo.....

— Oh! no me diga usted que no cree en élla, porque eso me desconsolaría mucho. Sabe usted? hace tiempo que lo vivo preguntando á cuantos hombres inteligentes y de corazón se cruzan en mi camino; y lo pregunto y lo preguntaré, como un desahogo de mi corazón.... ¡Necesito, ¿lo oye usted? necesito la certidumbre universal en la materia, para explicar, de este modo, mi desgracia, y creerme víctima de una fatalidad insuperable, atroz, implacable como el dolor, como la muerte! Si el atavismo es cosa cierta, innegable, entonces me lo explico todo: mi situación no podía variar en manera alguna, lo que es debía haber sido, desde el momento en que Carlota, por efecto de aquella ley, se veía irresistiblemente arrebatada al mal, contra su voluntad misma, sin que ella cooperase en nada, violentada é irresponsable. ¿No es así? Una sujestión más fuerte que las potencias del alma, inevitable, brutal; un algo que late y se compenetra en su organismo, que le arrastra á un fin único, sin que valgan resistencias, imperioso como ley de la vida, lógico, necesario.... ¡Ea! un vicio que se lleva en la sangre, un vicio heredado, como la tuberculosis, la lepra.... ¿Me explico?

— Perfectamente; pero le aseguro que no comprendo á dónde quiere usted ir á parar con sus teorías.

— Bah! ¿No lo comprende? Pues....Pues ¿no se lo he dicho ya? A eso, á que Carlota tenía por una fatalidad inevitable, que ser.....

Y soltó la palabrota sucia, monda y lironda.

Esta conversación la teníamos en la trastienda de una taberna de cuarta clase, á donde Enrique me había llevado, al salir del cuarto mortuorio, diciéndome con un acento que nada tenía de amenazador:

— Ahora vamos á *echarnos un lapo* por ahí, para que se nos quite la murria que nos ha dejado esta escena de ópera bufa.

Le seguí sin resistencia. Parecíame que la más ligera excusa

de mi parte era un acto de cobardía. Y, después de todo, también yo deseaba terminar cuanto antes este desagradable negocio.

— Usted comprenderá — continuó él con una sonrisa estúpida — que no sería del caso presentarnos ambos en una cantina de lujo, porque . . . ¿eh? Pero en una *pulpería* . . .

— Como usted quiera — le contesté encogiéndome de hombros. — Pero yo desearía que acabáramos *esto* cuanto antes, sin necesidad de ir á meternos en ninguna taberna.

— Oh! sígame: siempre es bueno hablar entre *camaradas* — y acentuó la palabra de un modo repugnante y familiar — delante de una copa de licor.

Y sentado ante una mesa, con los codos apoyados en élla y hundidas las manos en la negra y enmarañada cabellera, con voz balbuciente y estropajosa, me explicaba sus opiniones sobre las leyes atávicas, después de haberse bebido de un trago, sin darme tiempo á que yo lo impidiese ni con la menor observación, medio vaso de una de esas horribles preparaciones que con el nombre de coñac venden sin patente nuestros especieros.

— Yo le debía buscar camorra á usted, ¿no es cierto? — proseguía entre uno y otro hipo; — y pensé hacerlo así desde que vine, porque . . . ¡vaya! uno es hombre ó no es hombre; y usted me las habría pagado por todos. Pero, reflexionándolo bien, me dije: ¿Para qué? Me van á meter en la cárcel; se burlarán de mis celos, pues todo el mundo sabe quién es y lo que es mi mujer; y, en fin, ¡si ello tenía que ser! . . . ¡Claro! . . . Si la madre era otra que tal, y otra que tal y más la abuela, y lo son las hermanas . . . ¡Puff! . . . ¡Cosa de familia! . . . El insecto, amigo D. Juan, el insecto . . . ¡Claro!

— ¿El insecto?

— ¡Claro! ¡El insecto! Todos los organismos . . . ¿cómo se dice? . . . Ah! ya! . . . morales, tienen dentro de sí un bichito heredado de hijos á padres, llámese lujuria, borrachera, codicia — cualquier vicio — que dormido en la infancia y en la primera adolescencia, desde que las pasiones se despiertan va royendo . . . royendo incansable la fibra de la virtud, de la energía resistente, del saludable influjo de la buena educación, y, á pesar de todo, el día menos pensado . . . ¡tras! se rompe la fibra, triunfa el insecto, y por ahí sale desbordado, sin que valgan buenos propósitos . . . ¡Si digo que tenía que ser! ¡Si digo que las conozco ó conocí á todas!

— Y entónces . . . ?

— ¡Claro! Y entonces . . . ¿para qué te casaste, bruto? — me preguntará usted. — ¡Exacto! Pues yo me casé de puro muchacho, de atolondrado, de animal, contrariando á mi padre que no se cansaba de repetirme: “Mira, Enrique: *hija de gata, ratones mata*”. Pero yo no creía en nada de esto, yo no sabía nada. ¡Claro!

A saberlo Ella era así de chiquilla cuando yo la conocí y muy bonita, con su carita pálida y triste, sus ojos asombrados, y aquel hoyuelo en la mejilla, que Se educaba en un Colegio de monjas, y salía con el tío — ¡un bruto de tutor y curador! — los primeros jueves del mes, en unión de las demás muchachas. Y entonces era de verla caminar á pasitos cortos y medidos, agarrada del brazo de su acompañante, linda y esbelta, con su uniforme negro con cintas azules que hacía resaltar más y más la blancura mate de su rostro ovalado y melancólico

Y entregado por completo á la improvisación de sus recuerdos, humedeciendo de cuando en cuando la boca en un segundo vaso de aguardiente, proseguía con voz apagada y entenebrecida la narración de su pobre idilio.

El iba á verla todos los jueves de salida, entre una turba de estudiantes soñadores y traviosos, y la seguía, paso á paso, acechándola como un ladrón, palpitante y ciego ¿Cómo se atrevió á enviarla la primera carta? No lo sabía; pero una amiguita, compañera de la dulce niña, le prestó ese favor, y fué á su destino la carta de declaración ferviente, discutida y leída antes, con solemnidad, en un grupo de amigos íntimos, algunos de los cuales sacaron copia, porque ¡claro! era una obra maestra de juvenil pasión, llena de volcanes, terremotos y amenazas de suicidio ¡qué carta aquella! . . . Y con qué febril impaciencia no fué aguardado el jueves de la salida próxima El estaba entre cuatro amigos conocedores del secreto, pegadito, bien pegadito á la puerta de salida del frío y enorme convento, esperando espererando con el corazón alborotado, la cabeza ardiendo, la vida en los ojos, que élla asomase Y élla asomó, y cuando se chocaron sus miradas, él sintió que una nube oscurecía sus ojos, le acometía un vahido y temblaban las piernas, mientras uno de los amigos le tiraba del faldón de la levita, para advertirle que el *enemigo* estaba al frente Cuando volvió en sí, la niña pasaba casi rozándole el hombro con la esclavina, la mirada baja, y colorada como una guinda Detrás de ella, la amiguita, la traviesa, que le sonreía picarescamente con descaro, haciéndole señas de que mirase á Carlota y que le decía al paso con rapidez: "Vente á casa".

Después? Cartas van, cartas vienen: citas platónicas y á gran distancia. El, tendido en una llanura verde, medio oculto entre la alta grama, al borde de un ancho arroyo, élla, asomada intermitentemente, en una estrecha ventana, entregada en cuerpo y alma á una mímica amorosa con el pañuelo ó tal ó cual flor ¡Dios! el día en que una monjita les pilló *infraganti* y soltó contra él el perro, el gran cancerbero, y tuvo que salir derrotado, en carrera tendida, con los pantalones desgarrados por la peor y más abultada parte, delante de la maldita monja que se reía de su desgracia !

Y así me fué contando simplezas, durante más de media hora, hasta que llegó al matrimonio.

El no quería casarse tan pronto—no era sino estudiante del cuarto año de jurisprudencia—su padre se oponía; pero, públicos ya sus amores, y ella huérfana y sola, el tutor apuraba apuraba que era una gloria ¡Diablo de tutor! Quién hubiera pensado que todos sus escrúpulos eran para quedarse, más pronto y sin escrúpulos, con el santo y la limosna? Porque algo hubo en tierritas y alhajas que pertenecía á la pequeña Carlota

Que ésta me había dicho que ella no amaba á su marido? Podía ser. Pero ¿quién le puso puñales al pecho para que se casase con él? Quién le mandó llevar tan adelante la coquetería, hasta un punto en que se creyó tonterías contra el honor de ella, y las monjas le expulsaron silenciosa y *caritativamente* de su establecimiento?

Luego ¡luego el *insecto!* al cabo de un combate desesperado!

— Créame usted, Don Juan, que yo era bueno, tan bueno como el pan. ¡Me hacía élla sufrir tanto y yo callaba, porque tenía en su lealtad, en su honradez, en su orgullo plena fe, y, más que todo, porque la adoraba ciegamente. . . . Ah! desgraciado de mí! por qué no fuí siempre ciego, aunque ella me hubiese estado traicionando á más y mejor? La sospecha me condujo á la suspicacia, la suspicacia al espionaje y el espionaje al conocimiento de la verdad. . . . ¡El *insecto* había triunfado!; mi mujer recogía en el fango la herencia de su madre, muerta de un mal vergonzoso, de su abuela, pública buscona en su tiempo. . . . y yo pagaba las culpas de todos.

“Debía matarla ¿no es cierto? Pero el despecho, la vergüenza de verme traicionado tan infamemente, el miedo al qué dirán, me hicieron disimular en público las diarias borrascas que en mi casa aguantaba.

“No olvidaré aquel día en que, con la frente cubierta de sudor, temblando de coraje y de rubor, se lo conté todo á mi padre.

“El buen viejo lanzó un grito de ira, y luego tendió hacia mí los brazos entre los que yo me precipité llorando y convulsivo, mientras él me decía ahogado en sollozos, “Pobre Enrique, pobre hijo mío! Te lo dije: *hija de gata, ratones mata*.

“Qué fué de mi desde entonces? Yo mismo lo ignoro. Abandoné á la mala mujer, no me cuidé de mis hijos; y, cosa rara, en mis momentos de desolación y borrachera, no me acompañaba la imagen de Carlota, por quien ni siquiera averiguaba, sino el recuerdo de la historia por mi padre referida: aquella Doña Dolores — la madre de Carlota — muriendo en un hospital, rodeada de monjas, renegando y echando espuramarajos y obscenidades por

la boca, sin querer confesarse, y diciendo á sus dos hijitas mayores que sollozaban al pie del mortuorio lecho: “¡Fuera! Váyanse, váyanse de aquí, déjenme morir en paz!”... ¡Virgen Santísima! siempre que me acordaba de que tenía una hijita... Ah! qué bien hizo en morirse! Lo que es el otro... ¡bah! Qué ha de heredar?.....”

El monólogo se prolongaba demasiado, y se lo advertí discretamente á mi interlocutor, que soltó una carcajada.

— Conque... ¡le perdono la vida y todavía!... No sea zopenco, hombre; beba una copa... Ah! ¿y sabe usted para qué le he traído acá?... ¡Qué era!... Si, eso es:... Mientras usted hacía versos para ella... ¡Claro! Lo sé todo!... ella... ¡buscaba el consonante con otros...!

Luego, con una confianza cínica y desvergonzada, me dijo:

— ¿Piensa usted volver?

— Yo... se le juro á usted: ¡jamás!

— ¡Retebién! Eso, eso, que nadie la haga caso; que se muera en un hospital... ¡y ya no tiene hijos!... ¡Patrón! Dos botellas de cerveza, y vasos!... Conque, como le iba diciendo, el poder del insecto, la herencia y... Salud! ¡Ajá! Diabla, ¡me he puesto coñac creyendo que era cerveza... y me lo bebí...! Bien, ¿que soy un sin vergüenza? ¡Puede! Y ella...? Eh! Vamos, me espera Delfina y quiero ver si.....

No pudo más. Se levantó tambaleando, y después de beberse un gran jarro de cerveza, fué á caer pesadamente bajo la mesa, donde quedó asqueroso é inmóvil, murmurando entre el primer ronquido de la borrachera:

— Cuando yo digo... ¡Claro!... El poder del insecto... Ja! Ja! Ja!

M. J. CALLE.

(Continuará.)

CARTA DE NUEVA YORK

New York, Marzo 10 de 1898.

Señor Director de la "Revista de Quito".

Muy Señor mío:

Aunque los Gobiernos de ambas naciones conservan las mejores relaciones amistosas, los pueblos de España y los Estados Unidos viven estos días la excitada vida del que prevee venir conflictos inevitables si la cordura ó la diplomacia no hace girar los asuntos por el lado de las satisfacciones. Sin ahondar causas ni comentar sucesos, refiérome tan sólo en esta reseña á detallar noticias que son del dominio público, ya que los Gabinetes de Estado cierran á cal y canto puertas y ventanas y los legajos reposan enigmáticos como esas esfinges misteriosas del lejano Egipto.

Cada mañana los periódicos Newyorkinos traen novedades sin cuento, noticias de otros mundos que el cable pronto é inmutable transcribe para que aún desde la cama en el cuartito del Hotel se sepa lo que ocurre en Hong-Kong ó lo que ocurrirá en la Tierra Santa, pues en estos días en que se discute y disputa el suceso que ha rizado los fríos caracteres de este mar rubio, lujo de detalles y derroche de minuciosidades imprimen los diarios bajo títulos alarmantes.

Tras el "Vizcaya", enorme barco batalla de innúmeras toneladas, llegó há días al puerto de la Habana su igual en poder "Oquendo", y en días, el tercero de su clase "María Teresa", y según avisos si no oficiales, oficiosos, pronto se reunirán á esos tres grandes barcos los cruceros "Marqués de la Ensenada", "Cristóbal Colón", "Alfonso XIII", los de segunda, "Infanta Isabel", "Conde de Venadito", "Filipinas", "Legazpi" y flota de torpederos entre los que están "Rayo", "Azor", "Terror", "Furor" y "Plutón"; y como en acecho, aun no se sabe por qué ni para qué en las islas Tortugas á seis horas de la Capital de Cuba bajo el mando del Almirante Sicard, están reunidos los cuatro formidables acorazados de primera clase "Iowa", "Texas", "Indiana" y "Massachusetts", los cruceros blindados "New York" y "Brooklyn", los cruceros de segunda, "Colombia", "Minneapolis", "Cincinnati", "Harblehead", "Hontgonery", "Detroit", "Raleigh", "San Francisco" y "Newart"; los monitores "Puritan", "Miatonomoh", "Terror" y "Amphitrite"; los cañoneros, "Amapolis", "Prinston", "Yorktown", "Helena", "Nashville"; el crucero de dinamita "Vesuvius"; los cruceros de madera, "Aliance", "Essex" y "Lancaster"; los torpederos "Porter", "Dupont", "Cushing", "Vinslow", "Ericsson", "Gwynne", "Redgers", "Foote" y "Stiletto" y el aviso "Dolphin".

España negocia en los arsenales de Europa la compra de algunos barcos blindados en construcción para Italia, y refuerza su numerosa flota de torpedos, y los Estados Unidos por su Congreso vota la compra de dos barcos batalla de segunda que el Brasil ordenó en La Chine-Francia, y son el "Mariscal de Oodoro" y el "Mariscal Floriano"; un crucero de cuatrocientas toneladas y cuatro barcos torpedos construyéndose en Thornycroft.

La escuadra del Pacífico donde está el acorazado "Oregon" y los cruceros "Boston", "Filadelfia" y otros cruzan el océano á situarse en la costa de la China, mientras, el "Pelayo" el "Cardenal Cisneros" y otros encienden sus fuegos y ponen proa hacia esos remotos mares agitados siempre por las terribles pasiones de los hombres de Occidente.

Y como último nudo que aprieta más la tirantez de ambas potencias, el Ministro americano en Madrid Mr. Woodford ha enviado al Secretario Sherman una nota del Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Gullon, en la cual pide al Gobierno de Washington llame al actual Cónsul Fitzhugh Lee y que los auxilios enviados á los moribundos reconcentrados no se manden en buques de guerra; mas á pesar de eso los cruceros "Montgomery" y "Colombia" han salido para Sagua y Matanzas, puertos de la isla, y el Cónsul Lee se mantiene en su puesto apoyado por los cañones de la potente escuadra de las barcas y las estrellas.

*
* *

Hasta ahora por el puente Brooklyn, esa admirable armazón que se suspende elegante y airosamente como un juguete sobre el río del Este y une las dos más populosas ciudades de la Unión, sólo cruzaban trenes de cable que por tres centavos trasportaban al viajero de una ciudad á otra, mas desde que los carros eléctricos no sólo conducen al pasajero de un lado á otro sino que continúan sus rápidas marchas por las principales calles de Brooklyn, la empresa primitiva ha comenzado á perder en sus ganancias fabulosas de las cuales vamos á dar ejemplos citando algunos de los días más favorecidos para ese ferrocarril: el 9 de Febrero, la suma de \$ 3.828; el 23 del mismo mes 2.593. El 10 de Febrero \$ 3.541, el 24, 2.229.

También en estas cifras se advierte la gran pérdida que comienza á sentir la Empresa con el nuevo tráfico de carros eléctricos y se ve el record siguiente: en el aniversario de Washington del año pasado el total fué de \$ 2.711 en este año han sido sólo 1.527, el domingo 21 de Febrero del año pasado se recibieron \$ 1.906 y el domingo 20 do este año tan sólo 739.

Este sistema de carros que va extendiendo sus rieles por calles tan principales como Amsterdam, Boulevard, Cuarta, Sexta y

Octava calles 23, 42 y 59, serán para el porvenir la distancia salvada cómodamente, y quién sabe si el elevador con sus pesados andamiajes que afean la estética de la población irá cayendo uno á uno como ejército de gigantes que se desmoraliza y cae vencido.....

*
* *

Y para terminar esta reseña dos noticias, una criminal que espanta y otra artística que sugestiona.

Adriani Braun, tenía la costumbre de golpear á su esposa y hasta llegaba su cólera á maltratar á sus cinco hijos pequeñuelos por lo que fué condenado á dos años de reclusión en una penitenciaría. La esposa desvalida fué ayudada á vivir por los miembros de la Sociedad Católica San Vicente de Paul, mas como al corazón humano cuando reina en él el amor, no puede vencer el orgullo, la infeliz mujer lo visitó en ocasiones llevándole presentes con cariñosa solicitud, mas un día en que ella acudió á hacer dulce el encierro del miserable, éste, presentándosele, la arrulló á puñaladas hasta dejarle sin vida.

Braun ha sido encerrado en un calabozo del presidio de Sihg-Sing para aguardar el fallo de la justicia que castigue á ese desequilibrado caso de estudio de Kraft Edining....

*
* *

El *American Theatre* ha puesto por espacio de dos semanas vertida á lengua inglesa la ópera más modernista de nuestros días; *Caballería Rusticana*. En aquella mañana de Pascua en que el azul del cielo de Sicilia parecía la pupila de una blonda, Turiddu Macca ladeada la gorrita de cuartel, desprecia la pasión de Santuzza, la morena de ojos húmedos y boca como uva de Torenti por seguir á la sensual Lola la de bucles espesos que tanto gustaba de los claveles rojos; pero Alfio el carretero brutal de aros en las orejas impuesto por Santuzza cuyos celos tropicales la inducen por venganza á delatarle á Alfio los amores de su esposa Lola, jura matar al galán gallardo y después del vino de Pascua *spumegiantti*, cose á puñaladas al infeliz hijo de la vieja Lucia.

Crace Colden fué Santuzza, hebrea de ojos lánguidos y con la neurosis de su raza errante, cantó con el fuego sagrado que consumía á la siciliana y sus mejillas rojas por el llanto parecían dos grandes pétalos de una gran flor y bajo sus ojos de mirar ardiente, el dolor extendió los violáceos círculos del abatimiento y la desesperación.....

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

VERDADERO EVANGELIO DEL PUEBLO

POR

ALFONSO ESQUIRÓS

I

Nació en Belén, ciudad de Judea, un niño, y este niño era un hijo del pueblo. Ejercía su padre para vivir la profesión de carpintero, y su madre, aunque descendiente de David, era pobre, sin duda para enseñarnos que despreciamos muchas veces bajo los harapos de la miseria los vástagos de nobles y antiguos linajes. El padre del recién nacido se llamaba José, y la madre María. En la sociedad de entonces, como en la de ahora, no había en parte alguna lugar para los pobres, y como no lo encontraron en la posada, tuvieron que guarecerse bajo un pesebre, donde María, que había ido á Belén para hacerse empadronar, en cumplimiento de un edicto de César Augusto, alumbró el niño, y le envolvió en groseros pañales, teniendo que depositarlo en el fondo de una canasta.

Había sido prometido á la sazón un Mesías, y la humanidad, que se veía abrumada por horribles sufrimientos, se hallaba en una grande ansiedad. El pobre aguardaba quien le librara de sus males, y el esclavo un salvador, y este fué el niño llamado Jesús, que significaba en la lengua de los judíos *Salvador de los hombres*. Su madre había tenido el presentimiento de esta misión ya antes de darle á luz; había adivinado que llevaba en su seno al autor de la libertad del género humano, y había exclamado en un momento de gozo profético:

“Grandes cosas ha obrado en mí el Omnipotente: ¡su nombre es santo! Ha desplegado la fuerza de su brazo: ha destruido á los que se levantaban llenos de orgullo en los pensamientos de su corazón: ha derribado de su trono á los grandes, y ha ensalzado á los humildes: ha colmado de bienes á los pobres que carecían de ellos, y ha despedido con las manos vacías á los que estaban ricos”.

El Evangelio no es más que la aplicación y el desarrollo de este presentimiento.

II

La Providencia había preparado desde muy antiguo la venida de Jesucristo. El Mesías había sido llevado muy de antemano en

el seno de la nación judía; pero fué muy penoso el embarazo. Padecía el mundo esclavo para alumbrar al que había de salvarle y libertarle, y sentía la humanidad entera crueles dolores de parto por el Hombre - Dios.

Aparecieron sucesivamente entre los judíos muchos patriarcas y profetas, que eran hasta cierto punto ensayos del Cristo venidero; pero no aparecía nunca el prometido por el Eterno á todas las naciones. Un día, empero, se presentó en las orillas del Jordán un hombre vestido de piel de camello, que llevaba ceñida la cintura por una faja de cuero, y se alimentaba de frutas y de miel silvestre. Este hombre era Juan, el precursor del Mesías, uno de esos seres de que se sirve la Providencia para allanar el camino á otros más grandes que han de venir tras ellos. No era aun este el Salvador; pero sí el que iba delante de él: no era aun la luz; pero sí el que venía para anunciarla y atestiguarla á los hombres: no era aun el día; pero sí la aurora. Resonó su voz en el desierto, y manifestó luego la inquietud que suele agitar á todos los precursores. Juan predicaba y bautizaba. Su doctrina era por anticipación la del mismo Salvador: hablaba en el mismo sentido que Jesús, á quien debía servir de enviado, y no parecía sino un exordio, cuyo discurso había de ser el mismo Jesucristo.

Juan decía:

“Cegados quedarán los valles; desmontados los cerros y las colinas; igualados los caminos desiguales; aplanados los que están llenos de asperezas, y verá todo sér animado al Salvador, que es el enviado de Dios”.

Y volviéndose después á los fariseos, que eran los grandes y los poderosos del pueblo, añadía:

“Raza de víboras: ¿quién, pues, os ha movido á huir de la cólera que va á caer sobre vosotros? Ya la segur está á la raíz del árbol”.

Espantados los grandes y los ricos por esas amenazas; por esa cólera que había pronto de alcanzarlos; por esa hacha que había de cortarlos como si fueran madera de árbol caído, levantaban la voz, preguntándose unos á otros:

“¿Qué debemos hacer?”

Y Juan les respondía:

“El que tenga dos vestidos dé uno al que ninguno tiene, y el que tenga qué comer haga lo mismo con el que está hambriento”.

Juan les exhortaba de esta suerte á adelantarse por medio del sacrificio á la revolución que debía trastornar todos los antiguos privilegios: no les indicaba otro medio para escapar de la futura cólera del pueblo.

Eran tan brías sus palabras, que los pobres, que aguardaban quien les libertara y mejorase su posición precaria, le decían al oirlas:

“¿No eres tú el Cristo prometido?”

Era su voz, como hemos dicho ya, una voz que resonaba en el desierto y exhortaba al espíritu á la penitencia, es decir, á la reforma de lo pasado, á fin de preparar á los hombres para recibir la doctrina que dentro de poco había de serles anunciada. No cabe presentar una elocuencia más grandiosa ni más significativa que la suya. Vivía en medio de montañas y de precipicios, y tomando imágenes vivas de los lugares salvajes en que levantaba su voz, declaraba que los grandes, esas montañas del pueblo, serían humillados; los pequeños, esos valles humildes, serían ensalzados, y la tierra, es decir, la sociedad, quedaría enteramente nivelada.

III

Nació á poco Jesús en Belén, como ya hemos referido, y apenas vió la luz del mundo, cuando el ángel del Señor, bajo el que está representada la inspiración del cielo, fué en busca, no de los fariseos, que eran los grandes de la Judea, ni de los sacerdotes, que eran los príncipes del pueblo, ni de Herodes que era rey, sino de pobres pastores que guardaban de noche sus ganados, y que oyeron de su boca estas palabras:

“No temáis, porque voy á revelaros una nueva que llenará de regocijo á todo el pueblo, y es que hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo. Una señal os le dará á conocer: le encontraréis envuelto en toscos pañales, y acostado en una canasta”.

Después de haber anunciado el ángel á los pastores una grande alegría para el pueblo, no les indica para ésta más motivo que el de haber nacido un niño, y no da tampoco otra señal para que estos pobres campesinos puedan reconocer al salvador del mundo, que la de que le hallarán acostado en una canasta.

El libertador de la humanidad debía pasar por todos los males y todas las injurias que la humanidad misma padecía, y no parece, en efecto, sino que la providencia se complació en rodear al recién nacido de todas las miserias y de todas las circunstancias que más despreciaba entonces la sociedad. Le hizo nacer judío, y privado por consiguiente de los derechos de ciudadano (1); le dió padres oscuros, y para mayor humillación le arrojó al venir al mundo en un pesebre. No podía ser de otra manera, porque jamás hubiera podido salir del seno de la grandeza y de la opulencia una protesta seria contra los abusos de la sociedad antigua. Cristo debía su-

(1) La sociedad se dividía entonces en dos grandes clases: entraban en la primera los ciudadanos romanos, y en la segunda los que no lo eran. Perteneían de derecho á aquellos todo género de prerrogativas; pero estaban guardadas para los últimos todas las injusticias y todas las exclusiones. Jesucristo no era ciudadano romano.

frir todas las afrentas, y pasar por todos los grados de esclavitud y todas las humillaciones del pobre, para glorificarlas en su persona y libertar un día de ellas al género humano. El sólo hecho de una extrema miseria, es la acusación de una riqueza extrema, y es esta acusación la que había venido á firmar Jesucristo con sus lágrimas y su propia sangre. La canasta del recién nacido en Belén protestaba ya contra la cuna de los hijos de los grandes; por esto el ángel da la canasta á los hombres del pueblo como una señal de que es su verdadero Salvador el que duerme en ella entre la paja. “La canasta, la miseria, la pobreza de ese niño – Dios, dice Bossuet, nos manifiesta que no hay nada más despreciable que lo que tanto admiran los hombres”

Pero, he aquí que en aquel tiempo fueron los magos desde muy lejos á Jerusalén, y preguntaron:

“¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido para adorarle”. (1)

El título de rey, dado por los magos á un niño desconocido, despertó las sospechas de Herodes, cuyos instintos tiránicos le hicieron adivinar que tenía en aquel niño un rival ó un enemigo. Deseoso Herodes de deshacerse cuanto antes de él, mandó pasar por el filo de la espada á todos los niños de dos años abajo; mas aunque entonces se oyeron en Roma los alaridos de dolor y las quejas de Raquel, que lloraba sin querer recibir consuelo porque sus hijos no existían, el niño – Dios escapó de tan bárbaro degüello: sus padres le llevaron á Egipto, donde permanecieron hasta la muerte del tirano. Mas, ¿por qué debía intimidar tanto á Herodes ese título de rey, dado á un niño que nació en el fondo de un pesebre? El título que le daban los magos, significaba solamente que Cristo debía un día hacerse jefe del pueblo por medio de la persuasión y la fuerza de su doctrina; pero convenía que ese niño, predestinado á combatir la autoridad de los dueños de la tierra, se atrajese á su entrada en el mundo la persecución de los reyes. Si Herodes, por su parte, para destruir un enemigo naciente, apeló á uno de los más irritantes y atroces abusos del poder soberano, debe atribuirse á que, según las mismas tradiciones de los judíos, había el Mesías de libertar los pueblos y anonadar la tiranía.

(1) Los magos eran unos sabios muy versados en las ciencias de los adivinos, que pretendían conocer por la posición de los astros el nacimiento y los destinos de los niños. La astrología y todas esas ciencias humanas estaban proscritas entre los judíos, que no daban fe sino á la revelación de Moisés. La estrella que guió á los magos á los pies del niño Jesús, es una imagen del pensamiento humano y del pensamiento divino, que debían reconciliarse en el mundo y reunir á los judíos con los gentiles.

(Continuará).

ILUSIONES Y FLORES

I

Era el pobre Procopio
 Un lego humilde, de virtud acopio,
 Que jamás al placer rindió tributo,
 Ignorando también, en lo absoluto,
 La gula y la ambición y el amor propio;
 De *bona fide* piensa
 Que ha pisado del claustro los umbrales
 Después de haber, ofensa tras ofensa,
 Agotado con frívolas disculpas
 Todos siete pecados capitales;
 Y, no obstante, sus culpas
 Son de las que perdona nuestro rito
 Con un golpe de pecho ó pan bendito.

II

Es del convento el lego, jardinero,
 Y con mano solícita procura
 Las flores cultivar, para con ellas
 Revestir con esmero
 Los altares de gótica escultura
 En donde el tiempo señaló sus huellas.

III

Cuando en las tibias noches del estío,
 Como lágrima inmensa de desvelo,
 Rueda la luna en el azul del cielo,
 Cruza el lego los largos pasadizos
 Del convento sombrío
 Para ver de sus flores los hechizos
 Y escuchar indiscreto
 Las cosas que se dicen en secreto;
 Hasta que el astro pálido sepulta
 En la sombra su frente pensativa,
 Que es reloj de los tristes, que se oculta
 Si el sol le baña en su mirada viva.
 Allí medita, ajeno de cuidado,
 Dirigiendo su vista silenciosa
 Al vergel azulado
 Donde rosas de luz son las estrellas,
 Y hay un mundo escondido en cada rosa,
 Que del paso de Dios marca las huellas.

IV

Sus ideas vagar deja sencillas
 Por regiones ignotas,
 Como rauda bandada de avcillas
 Que van cantando en armoniosas notas;
 Y á los primeros años de la vida
 Convierte el pensamiento,
 Como abeja en travieso movimiento
 Que vuela por jardines y praderas;
 Y torna con las mieles
 De nardos, azucenas y claveles
 Á formar en el alma envejecida
 Colmena de ilusiones y quimeras.
 Y al evocar los sueños de la infancia
 En presencia de estrellas y de flores,
 Piensan su inexperiencia y su ignorancia,
 Como piensan los sabios soñadores,
 Que las pobres mujeres
 Son estrellas que miran
 Y flores que suspiran
 En sueños de placeres,
 Que siembran esperanzas á millares
 Y cosechan olvidos y pesares.

V

Era Elvira una virgen de quince años;
 Modelo de hermosura
 Perfecta y atrevida;
 Tentación encarnada
 En la voz, la sonrisa y la mirada;
 De esas mujeres que hacen de la vida
 Un Edén de ventura
 Ó un infierno de amargos desengaños.
 Era blanco su rostro de azucenas
 Cual la piel del armiño,
 Como el alma de un niño,
 Y rubios sus cabellos como el oro
 Que corre de Paruain dentro las venas;
 Sus ojos eran cielo por lo azules
 Y por que ocultan tras sus claros tules
 Rayos y tempestad, nubes y penas:
 Era un sueño, era una hada, era un tesoro;
 Era un beso viviente
 Que dió la vida una mirada ardiente.
 Cuando su blonda cabellera, suelta
 Por su espalda y su pecho descendía,
 Su blancura realzando extraordinaria:

Al verla, parecía
 La luna solitaria
 Que en los rayos del sol brillaba envuelta.
 Como el ideal de Fidias, su belleza
 Rayaba en el exceso;
 Era de las que encienden la cabeza
 Y trastornan el seso;
 Tal vez naturaleza
 Se olvidó cuando la hizo
 De que en una obra humana no debía
 Encarnar de los cielos el hechizo:
 Porque un ángel Elvira parecía.

VI

Y el corazón tranquilo
 De Procopio la amó, no con el fuego
 Que á Safo enardecía,
 Si con el dulce amor que busca asilo
 En un pecho sensible y sosegado,
 Y la dicha del que ama sólo ansía;
 Procopio en sí sentía,
 Ya desde entonces, vocación de lego;
 Era su amor la fuente
 Que corona de flores las riberas,
 Que nunca crece pero nunca amengua;
 No el hinchado torrente
 Que se avalanza cual sedienta lengua
 Las selvas á tragarse y las praderas.
 Y en su pecho, guardado
 Aquel amor estaba,
 No cual la ardiente lava
 Que esconden en su cráter los volcanes,
 Sino como el aroma delicado
 En el cáliz de blancos tulipanes.

VII

Era el alma de Elvira
 Al verdadero amor inaccesible,
 En tanto que la de él era una pira
 En donde se quemaba, un imposible:
 Y de los labios de ella la mentira
 Brotaba con tál magia y tál ternura
 Que Procopio, olvidando sus agravios,
 La adoraba rendido,
 Porque era en esos labios lo mentido
 Más bello que lo cierto en otros labios;
 Y la hermosa coqueta,

Que jugaba feliz con corazones,
Tenía trastornada la chabeta
Del prendedor futuro de velones
É inalterable oyente de sermones.
Ora á sus ruegos con desdén esquivo
La caprichosa Elvira
Respondía con negra desconfianza,
Ora sus ojos con mirar altivo
Del alma desterraban la esperanza;
Ora, fingiendo amor inmensurable,
A la prestada luz de una mentira
Le pintaba un Edén irrealizable;
Y con dulces enojos,
Y fingidas caricias,
Y brillantes promesas de esos ojos,
El infeliz vivía
De un ensueño entregado á las delicias.
El mundo, por su mal, no conocía
Y en su sencillo pecho no albergaba
Ni dudas, ni temores ni malicias.
Su dulce devaneo,
Digno de una alma pura,
No llegó ni al deseo;
El sueño de su mente
Sospechaban sus ojos solamente;
Amaba con la cándida ternura
Que en su alma era instintiva,
Aunque nunca lució en su firmamento
Un rayo de esperanza fugitiva;
Que era su llama viva
La lumbre de su mismo pensamiento.
No llegó á profanar la fé de su alma,
Amoroso, un acento,
Aunque bien revelaban su cariño
Suspiros sin consuelos y sin calma;
Guardaba intacta su pasión de niño,
Pasión de una paloma,
Como guarda el azahar su rico aroma;
Porque son las palabras de la boca
Para un amor ideal, que al cielo toca,
Cual fugitivo bando
De raudas mariposas
Que aléjanse, robando
El néctar de los labios de las rosas,
Que luégo se marchitan silenciosas.

VIII

Elvira, entre las nubes hechiceras
De sueños de placeres,
Idolatró del oro las quimeras,

Desmentir no queriendo á las mujeres
 Que en él cifran sus glorias verdaderas.
 Y, fijo en esta idea el pensamiento,
 Luégo enlazó la suerte de su vida
 Á la suerte de un necio, aunque opulento,
 Sin acordarse que dejaba herida
 Del más grande dolor que el hombre siente
 El alma de Procopio, eternamente.
 ¡Ay! la mujer no sabe
 Que en el alma que mata
 Un mar inmenso de amargura cabe
 Y un desierto de hastío.
 Sintió Procopio triste, al separarse
 De la mujer, querida cuanto ingrata,
 El pecho inerte, el corazón vacío.
 Aquel que se despide,
 Á cada paso que en la vida avanza,
 Su corazón divide
 Y lejos va dejando la esperanza.

IX

Mientras en salón espléndido bullía
 Colmena de falaces cortesanos
 Que de Elvira á las bodas acudía;
 Cuando mareaba el vértigo del baile
 El alma de la bella desposada:
 Procopio, sin dudar, se dirigía
 Pálido el rostro, trémulas las manos,
 Á recibir el hábito de fraile,
 En la lejana y tétrica morada
 Á donde busca la virtud asilo.
 Pensaba el inocente,
 Á quien horrible desengaño hería,
 Que ya su amor ardiente
 A Dios tan sólo dirigir podría
 En las alas de mística plegaria
 Y en secreto profundo,
 Cuando encerraba la ilusión del mundo
 En la tumba del alma solitaria.
 Dios en el cielo y en el mundo Elvira,
 Soñó su amor; y se acogió en el seno
 Del Dios, de amores lleno,
 Cuando palpó del mundo la mentira.
 La grandeza ignoraba
 Que da el amor al corazón del hombre;
 Sin esperanza y sin medida amaba,
 Y apenas sospechaba
 Del amor otra cosa que su nombre.
 Así, cuando insensato

Buscar la calma en el convento quiso,
Pensó encontrar en su morada oscura,
Lejos del bién perdido,
La tranquila, aunque estéril, hermosura
Que ostentó el Paraíso
Cuando Eva no existía.
Mas ¿cómo hallar la ambicionada calma,
Si es el olvido enfermedad del alma?
Al convento llevó de aquel cariño
Que fué la luz de sus primeros años,
Su esperanza de niño,
El recuerdo tenaz en la memoria:
Recuerdo que encerraba
De un infierno horroroso los dolores
Y toda la belleza de la gloria.
Pero, al llorar del hado los rigores
Que á eterna soledad le condenaba,
Generoso olvidaba
Ingratitud y duda y desengaños;
Á las puertas llegó de aquel convento,
Llevando el corazón y el pensamiento
Cual de su vida en los primeros años.

X

Las bellas ilusiones,
Del espíritu flores delicadas,
De Procopio en el pecho se agostaron
Cuando faltó el calor de las miradas
Y la lluvia de dulces sensaciones
De la que fué de su alma jardinera
Y despertó la sed de sus pasiones:
Pero, en cambio, brotaron
Del convento en el huerto,
Nardos, azahares, rosas y alelís
En hermoso concierto,
Como grupo de hurís;
A trueque de las rosas
Que amor hizo nacer en su existencia
Y del pesar rompieron los aludes,
Brotan en su conciencia,
Más puras, más hermosas,
Las flores de la paz y las virtudes.
Pero el lego inocente
Siempre en las flores mira
La belleza de Elvira,
En su aroma su aliento,
En su vaivén los cambios de su mente,
Y en su cáliz también su pensamiento:
Y son aquellas flores
Sólo trasmigración de sus amores.

XI

Cuando llega la idea
 De una imagen querida
 A encarnarse en el alma enamorada :
 ¿ A dó podrá volver, que no la vea,
 El hombre su mirada ;
 Si es el amor la tea
 Que ilumina las cosas de la vida ?
 De la razón la lógica severa
 Con su risa responde
 A la que llama, *sin razón*, friolera :
 ¿ Mas dónde hallar, en dónde
 Un corazón formado á su capricho
 Que sin sentir viviera ?
 La mujer es un mal, todos han dicho,
 Sólo es feliz el que su lazo esquivo :
 Y de todos, de todos,
 Los que maldicen de ella de mil modos,
 No hay un alma siquiera que cautiva
 De la mujer no viva.
 ¿ Qué saben de razomes,
 Hijas de la locura, las pasiones ?
 De carácter sencillo,
 Y de humildad dechado
 Era el pobre Procopio ; de amor lleno,
 Sin hiel y sin doblez, como un chiquillo ;
 En las cosas eternas preocupado,
 Desdeñaba del mundo el falso brillo :
 Y nunca pudo descansar sereno.
 Un sentimiento mundanal encierra
 Su corazón profano
 Que ahuyentar quiere en vano,
 Pues si el alma á los cielos se levanta,
 Formó el cuerpo de tierra
 El que hace brotar mundos á su planta.

XII

Cuando Procopio piensa
 En Dios y en las venturas celestiales,
 Surge, cual nube densa,
 Humano pensamiento derepente,
 Que apaga los destellos de la mente
 Con alas terrenales.
 El recuerdo de Elvira
 En su memoria queda,
 Como la espuma trémula que rueda
 Sobre el cristal del río,

Como el eco en las cuerdas de la lira,
Como en la flor la gota de rocío.
¡Ay! ¡cuántas, cuantas veces
Sale el nombre de Elvira de su boca
Entre un *Dios* y entre un *mío*,
Cuando eleva al Señor humildes preces
Y el pavimento con su frente toca!
Engendra tan constante desvarío
Visiones sin color en su cabeza:
De luz tienen las alas,
De Elvira la belleza,
De un ángel la pureza
Y del amor las impalpables galas:
Y por do quiera vagan
Cual estrellas que tiemblan y se apagan.
De los cuadros de vírgenes cristianas,
Que la capilla adornan del convento,
Mil memorias profanas
Inobediente arranca el pensamiento:
Que en ellas al fijarse una por una
Con atención osada,
Observa que hay alguna
Que tiene de su Elvira la mirada,
Y sus ojos de cielo de la tarde,
Y sus labios de rosa perfumada,
Y la pálida tez de los jazmines.
Y su vista importuna
En ella fija el pecador cobarde
Un instante tan sólo,
Pues piensa que la imagen le condena
Y apresta la legión de serafines
Á castigar su dolo
Y de heregía el ostentoso alarde.
Y con temor y pena
Del templo sale, que su afan condena;
Ser muy malo, pensando,
Porque mañana, viendo
La imagen de la cual hoy sale huyendo,
Volverá á creer que á Elvira esta mirando.

XIII

Lee su nombre en las hojas del breviario,
Su voz oye en las quejas de la brisa
Y en el canto del ronco Miserere;
La ve flotar entre la luz del cielo
Y de sus ojos el fulgor le hiere;
Y en ella piensa en misa,
En coro, en el sermón y en el rosario.
Percibe sus palabras de cariño,

Regadas en el viento,
 Vagando en pos del corazón del niño;
 Distingue claramente
 Su mágica sonrisa
 En las ondas del éter azulado
 Y en el cristal rizado
 De la cañora fuente;
 Y palpita su amor, cual sueño alado,
 En el mundo, en el cielo y en su mente:
 Llena Elvira de luz, llena de fuego
 El pensamiento y corazón del lego.
 Así corren sus días
 De inquieta calma y lánguido delirio,
 Entre sombras y afanes y agonías,
 Sin que nadie conozca su martirio.

XIV

Una noche, velando
 El sueño de aquel bando
 De flores de su huerto,
 Procopio estaba en actitud tranquila,
 Y soñaba despierto
 Con estrellas y flores;
 Ya poniendo el oído en la pupila
 Ya la lengua en los ojos,
 Pues quería escuchar en sus antojos
 El cántico de amores
 De aves, lirios y estrellas con el viento;
 Ó también expresar con su mirada
 Esas cosas que cuaja el pensamiento
 Y no hay voz adecuada
 Que traducirla pueda con su acento
 Creyó escuchar su nombre claramente
 Y sentir á su lado
 El rumor de unas alas vagarosas
 Que vertían aromas en su frente,
 Y al alma hablaban con rumor callado
 De promesas y quejas misteriosas.
 El gemebundo viento
 De su huerto las flores cariciaba,
 Mientras él las miraba
 Con la vista y el alma y pensamiento,
 Y en tranquilo letargo se quedaba.
 Una oración sus labios pronunciaron.
 Y cual flor sin aroma se quedaron
 Escualidos y fríos;
 Sus ojos suavemente se cerraron
 Vidriosos y sombríos;
 Las manos puso en el helado pecho

Y entre sus miembros yertos
Rompióse de la vida el lazo estrecho;
Sus fuerzas se agotaron
Y en un suspiro se escapó su aliento,
Cual nota musical que lleva el viento.
Suave aroma de flores se sentía,
Y en el confín lejano
Una estela de luz aparecía
Y un ángel con guirnaldas en la mano
El lego, al parecer, queda dormido
Sobre una piedra tosca;
Y, siniestra la faz, la vista hosca,
Velando están la muerte y el olvido;
Mientras exhalan las flores un gemido.

XV

Cuando en Oriente al despuntar la aurora,
Sus hermanos le vieron,
Dolor, sorpresa y lástima tuvieron;
Rogando por el alma pecadora,
En la fosa común le sepultaron;
Dos días le sintieron,
Y después, como á todo, le olvidaron.

XVI

Supo Elvira la muerte del hermano
Procopio, franciscano,
Y ella dudaba al escuchar su nombre,
Si acaso alguna vez conoció á ese hombre.
Nadie del lego comprendió el martirio:
¿Qué sabe alegre el mundo,
Cubierto con un velo, en su delirio,
De esos ocultos dramas
Que en el seno profundo
Del pobre corazón se desenredan,
Y cuyas negras tramas
Como gotas de hiel al fondo quedan?

LEONIDAS PALLARES ARTETA.



LA SEMANA.

Sumario.—De nuevo.—Cuba libre.—El Telégrafo.—El Correo.—N. A. González. De Azóquez.—De Cuenca.—Notas finales.

Ocupaciones imprevistas y de preferente atención; los días feriados de la Semana Santa, y otras cosas así, nos han obligado á retardar hasta hoy la publicación del N.º XIV de esta humilde REVISTA. Es la vez primera que á nuestro compromiso con el público hemos faltado; pero nuestra no ha sido la culpa.

Qué decir de la semana pasada? Poca cosa, casi nada, nada; porque eso de que dicha semana haya sido de Pasión, de que sea de Pascua la presente, de que los aguaceros torrenciales son el pan nuestro de cada día, haya llovido un poco de tierra y habido ejercicios espirituales, son cosas que por sabidas se callan. ¿A quién han de interesar *noticias* de la laya?

Y, por lo demás, búsqieme usted crónica en Quito, crónica amena, instructiva sensacional. Los mismos diarios, con su servicio de reportaje y todo, ¿qué de novedades traen? El movimiento administrativo, — nombramientos y promociones — la pobrísima, cansadísima y monotonísima gacetilla de policía; revista de calles sucias, tal cual recorte, y agur excepción hecha de los sueltos de combate periodístico.

Y si los diarios no traen nada nuevo sobre cosas de Quito, ¿qué vamos á traer nosotros, gacetilleros retirados que ya han olvidado la manera de sacar el quilo de lo sensacional á la yesca de la crónica callejera y chismográfica? Nada, señor: Galileo no tuvo razón: *para nosotros*, el mundo está parado.

*
* *

La noticia sensacional durante las últimas semanas, ha sido la intervención de los Estados Unidos en los asuntos de la Grande Antilla.

Cuando menos se pensaba, la bomba *explosionó* (Es esta palabra un neologismo, señores gramáticos?) La voladura del *Maine*, ha sido la madre del cordero, para que, al fin, el pueblo americano se compadecièse de la situación de Cuba, arruinada más que por la guerra, por el método de concentración, que acumulando en las grandes ciudades la población de los campos, ha hecho perecer de hambre y necesidad cientos de miles de desgraciados.

Los Estados Unidos *imponen* á España la independencia cubana, como un *ultimatum* formidable, no aceptado el cual dentro

de veinticuatro horas, se hará formal declaración de guerra; no acepta España esta imposición; se prorroga la declaratoria de guerra, pero el Gobierno *yankee* se arma; háblase de un empréstito fabuloso para que la República cubana compre la Independencia de la Isla con los millones de Norte América; el Presidente Mc. Kinley prepara un Mensaje que contendrá conclusiones contra España

¿A dónde irán á parar los acontecimientos? En esta lucha desigual veráse la madre Iberia desamparada de las potencias europeas, ó bien será ella la causa del gran trastorno en Europa y América á fines del siglo XIX? Irá América en los bajeles de la hermana del Norte á pagar á España la visita que nos hizo en el siglo XV? O los buques peninsulares se atreverán á cañonear los puertos norte-americanos?

Problemas difíciles, que un futuro no muy lejano se encargará de resolver.

Pero no olvidemos que, por muy grandes que sean el patriotismo español y la castellana audacia, el porvenir está oscuro para España, pues la guerra de Cuba le ha sido, en estos últimos años, como un cáncer mortal. Sin dinero, sin crédito, casi sin ejército, cansada y herida, preséntase frente á frente á *Jonatham Dream*, fuerte, rico, orgulloso y con ganas de pelear en sus propios mares

De esta lucha, ¿nacerá, por fin de cuentas, la independencia de Cuba?

Parecerá necia y excusada la pregunta, á los que no sepan algo del espíritu *proteccionista* del *Tío Sam*.

Nos acordamos de haber visto un grabado muy curioso en cierta revista venezolana. — Erase un gran queso — marca AMÉRICA — rodeado de una porción de ratoncillos — España, Inglaterra, Holanda, Francia, etc. — que querían hincarle el diente: algunos habían desgarrado ya un poco la cubierta y otros echádole un bocadito; pero ninguno se atrevía á *iniciar* el ataque decisivo, y miraban todos con recelo á un enorme gato que, encaramado en una silla, les miraba con aire feroz y de dispensero, diciéndoles: — *¡Pero si á mí también me gusta el queso!* — El título de la estampa era: LA DOCTRINA DE MONROE,

*
*
*

El laborioso y activísimo Director del Telégrafo, Sr. D. J. L. Montero, nos ha comunicado que la Agencia de la Compañía del Cable de N., C. y S. América establecida en esta Capital, bajo la dirección del expresado Sr. Montero, ha producido de Setiembre del año próximo pasado á Marzo último la cantidad de \$ 656.61.

La Agencia del Cable representa en Quito una importantísima mejora; ya que facilita al Comercio y público en general la manera de comunicarse directamente con el Exterior, sin necesidad de ocurrir como antes acontecía, á la oficina de Guayaquil, lo que motivaba retardos. . . . é infidencias: que lo diga el Sr. Dr. Cordero, que acusa al Gobernador Sr. Caamaño de haber alterado en Guayaquil el texto de los kalogramas que de aquí le ordenaba transmitir, en el negociado del *Esmeralda*.

Y á propósito de Telégrafo. Sabemos que se trata de establecer una segunda línea de Quito á Guayaquil, por Guaranda, obra para la cual se han acopiado la mayor parte de los materiales. De desear sería que el Gobierno hiciese un esfuerzo para llevarla á cabo, pues cada día se hace más necesaria. Gracias al duro trabajo de los empleados de la oficina telegráfica, á la buena dirección del Sr. Montero, etc. que, con la urgencia de las necesidades administrativas y particulares que hay, no estén peor servidos el Gobierno y el público, con la única línea que ahora comunica la Capital con la Costa.

* * *

Y ya que hablamos de oficinas públicas, justo es enviar nuestro aplauso cordial y amistoso al Sr. D. Andrés P. Orcés, Director General de Correos.

Desde mucho tiempo atrás venimos notando con suma satisfacción los laudables esfuerzos que hace dicho caballero por mejorar el servicio de correos, con economía para el Fisco y garantías de prontitud y seguridad para el público. Si muchas de sus buenas intenciones y acertadas medidas han chocado con el inevitable é insuperable obstáculo de la situación del Tesoro público, en otras muchas—las más—ha triunfado, consiguiendo la celebración de una más equitativa contrata, fijando la hora exacta de la llegada y salida de los conductores, etc., etc. Ultimamente emprendió un viaje de inspección á la oficina de Guayaquil y las del tránsito, viaje cuyos buenos resultados los está palpando el público, ya no obligado, como antes, á obtener la correspondencia con uno, dos y hasta tres mortales días de retardo.

Empleados como el Sr. Orcés son de honra y provecho para las Administraciones Públicas; y no decimos más, porque la amistad tapa la boca á la justa alabanza.

Ojalá el Gobierno atendiera algunas indicaciones del Sr. Orcés, siquiera en lo que mira á la adquisición de maletas americanas impermeables para la correspondencia, y á decorar decentemente el local de la oficina, que tal como hoy está no puede seguir sin vergüenza para una capital de la República.

* * *

Nicolás A. González me insulta de una manera torpe y calumniosa, hasta ridícula, en la sección de *Comunicados* de uno de los Números de "El Libre Pensamiento" de Lima, so pretexto de escribir una necrología al Sr. General Vernaza.

¿Contestare infamias? ¿Contestare á González, un infame?

Lo que aseguro es que nunca insulté al finado Sr. Vernaza, nunca: bien al contrario, sostuve correspondencia privada con él hasta vísperas de su fallecimiento.

¡Sólo González puede mentir con tanto cinismo! La costumbre... el hábito... el temperamento,....

¡Escritor venal yo!... Y lo dice quien en el prólogo del último volumen de ese baturrillo histórico sin pies ni cabeza, titulado EL ASESINATO, confiesa paladinamente que se fué á escribir en "Los Andes", periódico pagado y sostenido por el Sr. Caamaño, porque no pudo obtener una plaza de redactor en "El Tiempo", diario independiente y órgano en la época á que González se refiere de la opinión radical más avanzada!... Lo dice el radical y mason que con tanto amor publicaba los artículos progresistas del Sr. Llona (*Régulo*) y las *Cartas á un Demócrata* del finado Sr. Rodríguez Rubí en las que se ponía al Sr. Caamaño sobre los cuernos de la luna! Lo dice el ingrato protegido de D. Francisco García Avilés, sobrino del Sr. García Moreno!... ¡Mentecato!

¡Escritor venal! Quieren ustedes que copie el período de una carta de un guayaquileño que se dice bien informado? "Los redactores de "El Proscrito" (de Lima) son Manuel N. Arízaga, Manuel Sarasti y *Nicolás A. González, que es el encargado de la parte satírica*"....—¿Qué tal? Y González tiene todavía en los labios la leche del sueldo alfarista, y los dedos todavía manchados con la tinta con que en Babahoyo escribía el periódico gobiernista "El Libre Pensamiento"; y todavía no ha de haber concluido con los seis mil sucses que le regaló el Sr. Alfaro.... ¡Y ahora es uno de los desengañados! Sin vergüenza!

Les llama canallas á Luis F. Carbo y á Aurelio Noboa.... Por qué no les llamaba así cuando estafaba al primero y escribía en "El Imparcial" del segundo?

¡Oh González! González! No equivale este nombre N. A. González, á la palabra de Cambronne?

Hidrofobia, estafa, hurto, desvergüenza, transfugio, etc. etc. etc. y podrán seguir doscientas etceteras.

* * *

Nos escriben de Azóquez:

"No sé qué contarle sobre los casos raros, en esta provincia; pero, principio por asegurarle sobre mi firma, que desde el día en que se publi-

có aquel humanitario y filantrópico decreto, exonerando á la raza indígena del pago de toda contribución, desde ese mismo día cesó el abono de raciones al piquete de *seis soldados* que forman la guarnición de esta plaza, no sé si para burla del público ó para chasco nuestro. Había antes seis individuos más, pero éstos se dejaron corromper fácilmente con el licor, vestuarios y plata que dizque daban los Sres. Pozos y otros *curuchupas caritativos*; y he ahí que se trató de asegurar las cabezas del Gobernador y del Comandante de Armas, tan sólo (se entiende) para hacer ver al Gobierno que "Azóquez es y será la hacienda de aquellos".—Difícil es encontrar aquí un artesano, campesino, estudiante, doctor (abogado ó cura) que no les pertenezca en cuerpo y alma: por lo mismo, es también imposible hallar una docena de liberales—alfaristas. Estos azogueños se hallan habituados á pelear en defensa de sus *dioses* (el *taita* cura, el Rdo. Padre, el *niño* Vega, el *amo* Arcesio (1)); y así, sería un milagro el que alguien pretendiese levantar la vista siquiera en contra de esos eternos dominadores

"No faltó día en que éstos levantaron al pueblo para hacer pedir misericordia al Comisario de Policía, ¡en su mismo despacho! Un teniente político fué apaleado por los *católicos* de la "Virgen del Rocío"; y en esta ciudad, acaso, se prepararon en defensa de "Nuestra Señora de la Nube"

A este propósito, sepa Ud. que nuestros Oblatos ya arbitraron el modo y forma de entrar en competencias con los curas de Biblián: cada partido negro tiene su capilla y su efigie; se conquistan devotos blancos y mestizos, cholos y zambos, porque los esclavos indígenas andan ya muy separados de las *romerías*. Esta gente desvalida cree que no debe pagar ni la contribución por muertos ni la de fiestas y días del año: andan bendiciendo al "amo Álfaro"; pero los señores curas . . . lloran á lágrima viva y moco tendido.

"Si el Sr. Guidi pudiera exonerar á estos últimos de todo pago como pecadores . . . Entonces sí que no se llevarían el *cuy* y la gallina, el borrego y la vaca y hasta la mula del *mitayo* condenado á sustentar la codicia de sus párrocos"

Hasta aquí la carta.

Mucho pudiéramos añadir al respecto; mucho sabemos de la irregularidad con que en esa provincia se llevan las cosas; pero por ahora callamos en espera de mejor y mas oportuna ocasión, y así ni siquiera recordaremos la impunidad en que quedó el crimen de flajelamiento perpetrado en la sacristía de la iglesia de Azóquez y en la persona de la infeliz Natalia Toledo por una especie de inquisidor negro llamado el presbítero Don Jesús Arriaga

* * *

Y á propósito de provincias y de cartas, aunque sea cansar, permítasenos transcribir aquí ciertos párrafos de una que nos ha

(1) ¡Gobernador de Azóquez en tiempo del régimen radical! (N. de la R.)

dirigido un caballero de Cuenca, de honrosos antecedentes y alta posición social.

“El 21 del corriente (Marzo) —nos dice— á eso de las cuatro de la tarde, fué garroteado el Tesorero de Hacienda de esta provincia por los Sres. D. Rafael Torres y su hijo D. Alberto, éste Comisario de Seguridad sin más razón que la de haber expedido, como Juez en un Juicio de contrabando, una resolución contraria á los deseos de los agresores. Antes de esto el mismo D. Alberto faltó é injurió al Colector que conocía del asunto en su propio despacho, para excusarlo; y es público que ha desafiado al Gobernador para que lo haga Jefe político de Girón, porque él se sabe que de ese magistrado consigue todo con amenazas y violencias. Ahora bien, sepa que ni el Gobernador ni autoridad alguna han dado un paso para la represión de tales infracciones

“Con tan funesto ejemplo, ¿cuál es el magistrado, cuál el juez, que no está en peligro inminente de iguales ó peores atentados?”

“La falta de autoridad administrativa que es, como Ud. sabe, de la cual depende la organización de la provincia, ha producido la desmoralización completa de este país, hasta el punto de que la generalidad no sólo mira en menos á las autoridades, sino que las ultraja y vilipendia, y de que el predominio de la fuerza bruta sobre todo derecho, sobre toda ley, sobre toda autoridad, viene demostrando que la provincia del Azuay se encuentra en plena desorganización”

Es mucha verdad todo esto y algo más. Ultimamente, el cantón de Cuenca estuvo por el espacio de veinte días sin autoridad seccional, con motivo de la ridícula y sediciosa renuncia del Jefe Político D. Tomás Abad, cuyas causales todos conocen, y por no haber querido subrogarle —conforme era de ley— ninguno de los beatísimos veguistas que hoy componen el Concejo Cantonal. También es sabido que el respeto debido á la autoridad está por los suelos, por el ningún prestigio, ninguna habilidad administrativa, ningún antecedente político del actual Gobernador, que se ha ido á buscar secretario entre los come—hostias y los carga—piedras para la Catedral. Pero de todo esto, ¿quién tiene la culpa? No ha hecho el Gobierno todo lo posible para buscar medidas de conciliación en esa ciudad de las negras intransigencias terroristas? No la ha dejado dueña de sus propios destinos hasta el extremo de que los enemigos más declarados del actual régimen son los que allí dominan, triunfan y llevan la batuta? Qué quieren los cuencanos? *Rana regem petentes* . . . Si el Dr. Malo, el Gral. Plaza, el Sr. Morla, el Dr. Vázques Cobo han sido el humilde leño de la fábula, ¿que dirán cuando vaya uno que sepa meter tres en un zapato?

Parece que Cuenca, la ciudad de las sencillas y patriarcales costumbres, la pacífica Atenas del Ecuador, está, hoy por hoy oxihidrogenada como la Quiquendonia de una de las novelas del fecundo Julio Verne. ¿Hasta cuando? *Eso* no lleva visos de terminar

* * *

—Saludamos atentamente á “La Tarde”, nuevo diario quiteño cuyo primer número vió la luz pública el 1º del mes actual. Viene animado de buenas y leales intenciones; y ojalá prospere en esta tierra clásica de indiferencia periodística.

Dice en su nota editorial:

“*La Tarde* no presenta ningún programa, porque esta *costumbre* á más de desacreditada, sólo *la usan* los saltimbanquis políticos para congraciarse con todos y con todo”.

No somos de la misma opinión.

Todo hombre bien educado debe manifestar su objeto al presentarse por vez primera en una reunión á la que no se le ha llamado, pero en la cual tiene derecho de tomar parte

—DONDE LAS DAN LAS TOMAN.—Folleto en 8º de 14 págs. Firmado: *Unos quiteños*.—Quito, Marzo de 1898.—Imprenta de “La Novedad”.

Es una defensa del Sr. Obispo de Ibarra contra las imputaciones de quienes, so pretexto de defender al de Pasto, inculpan al Ilmo. González Suárez, llegando hasta á poner en tela de juicio en las columnas de una hojita anónima y vergonzante, el mérito de éste ¡como historiador!

La zurra dada á éstos es buena y merecida.

—Qué más? Ah, “La Defensa”!—Dice este papel en la crónica de su Nº 110, que BENVENUTO ha dado un cuarto de conversión en sus opiniones sobre la pena de muerte; pues ahora confiesa que dicha pena es un acto, “si doloroso, necesario y moralizador”.

No hay tales borregos, hermana,

Lo que BENVENUTO dijo en el Nº XII de la REVISTA es que *Egmont* (autor del folleto examinado) sentadas tales ó cuales premisas concluye que la ejecución del Coronel Ruiz, etc.

Lo cual es muy diferente, ¿no? porque en este caso no hemos manifestado ninguna opinión.—He aquí las palabras textuales de *Egmont*:

“Nous allons défendre notre patrie calomniée en rétablissant simplement les faits et en montrant que la mort du Colonel Ruiz fut *une douloureuse nécessité, une conséquence inévitable de l'état de guerre*”.

Conque no nos hemos vuelto terroristas, amable y emperifollada *Defensa*.

~~~~~